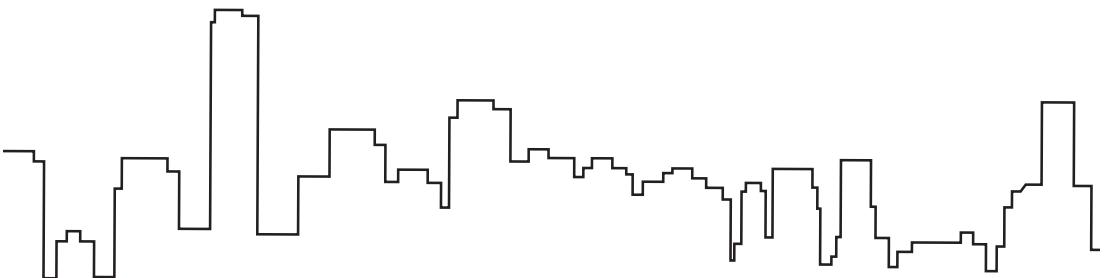


CAPÍTULO 1

LA TARJETA





Mis manos sudorosas se aferraban al volante mientras miraba por la ventanilla entreabierta del auto.

Al otro lado de la calle, la puerta de la entidad bancaria estaba todavía cerrada, pero en escasos cinco minutos, mi exjefe aparecería tras la esquina y la abriría.

Estaba completamente seguro de ello. Así había sucedido cada mañana a lo largo de los últimos años. Aquel imbécil vivía con la precisión de un metrónomo suizo y yo sabía que era algo de lo que se sentía particularmente orgulloso.

Apreté el volante con más fuerza y sentí cómo cruzaba el cuero bajo los dedos. Mi padre solía decir que no era buena idea tomar decisiones importantes cuando

uno estaba alterado. Resultaba curioso que recordara aquello justo en ese momento. En el fondo, el hecho de que hubiera desperdiciado una gran parte de mi vida trabajando para aquel banco había sido culpa suya. Así que, alterado o no, seguramente aquel momento era tan bueno como cualquier otro para hacer una última visita a la sucursal central.

Tomé la botella de entre las piernas y le di un buen trago. Unos pocos meses atrás no me hubiera podido imaginar bebiendo ginebra a palo seco, pero era sorprendente la rapidez con la que se podía llegar a prescindir de la tónica.

Miré de reojo el reloj del tablero. Menos de cuatro minutos.

Iba a hacerlo.

En cuanto apareciera aquel idiota estirado saldría del auto, lo tomaría por el cuello de la camisa y entraríamos los dos ahí dentro. Seguro que no se esperaba algo así, y sería un placer ver la cara que pondría.

Luego quería hacerle unas cuantas preguntas. Sobre todo necesitaba que me explicara sus motivos para dejarme sin trabajo. Podía entender el cierre de mi oficina, por supuesto. Consecuencias de esta maldita crisis general que lo estaba hundiendo todo. Pero

lo que no me entraba en la cabeza, lo que era incapaz de comprender es que pudieran prescindir de mis servicios... No después de tantos años dejándome la piel en aquella empresa. No de aquella manera completamente inesperada, sin una sola palabra de disculpa por parte de alguien que fuera capaz de mirarme a los ojos.

Quizá ahora se dignara a prestar un poco más de atención a un hombre desquiciado y me pudiera explicar qué debía hacer yo ahora, sin trabajo, **sin futuro...** y sin esposa.

El recuerdo de Sara mirándome con aquella expresión, entre la decepción y la lástima, no dejaba de torturarme. En cierto modo podía comprenderla, no debía ser nada fácil convivir con un borracho derrotado y sin esperanza.

Una chica joven pasó haciendo *footing* a escasos metros del auto, mirándome con expresión recelosa. Observé por el retrovisor cómo se alejaba y exhalé ruidosamente el aire contenido por la tensión. Me encontré con mi propio rostro, demacrado y sudoroso, reflejado en aquel pequeño espejo.

—No me extraña que se asusten, Nicolas —le dije al retrovisor con amargura antes de llevarme de nuevo la botella a los labios.

Menos de tres minutos.

Notaba el pulso desbocado en la base del cuello y el estómago contraído como un puño.

Miré de nuevo hacia la puerta. Siempre me había parecido una entrada vulgar para tratarse de la oficina central de la entidad bancaria. El mismo tipo de puerta en todas las oficinas. Me pregunté si aquello respondía a alguna estrategia o era simple despreocupación. Seguramente lo primero, ya que la imagen siempre había sido algo importante para la empresa. Recordé la eterna corbata, la sonrisa tensa, la obligada amabilidad. No se escatimaban recursos en tratar de aparentar lo que no se era.

Mentiras y más mentiras.

Una nueva oleada de rabia me atravesó el estómago.

Alguien dobló la esquina y se dirigió hacia la entrada con paso decidido.

—Ahí estás... —Miré de reojo el reloj del auto. Faltaba un minuto. Sin duda iba con retraso.

Le di un último trago a la botella de ginebra y llevé la mano al tirador de la puerta. Iba a hacerlo.

El tipo con traje y corbata llegó hasta la entrada y extrajo unas llaves del bolsillo. Yo dejé la botella a un lado y abrí la puerta del auto.

—¡Disculpe!

Una pareja de ancianos se aproximaba desde el otro lado de la calle con paso renqueante y haciendo todo tipo de gestos para llamar la atención de mi exjefe.

—¡Disculpe, señor! ¡Nos gustaría preguntarle algo!

—Perdonen, pero la oficina no abre hasta dentro de media hora. Si pudieran regresar entonces, será un placer atenderlos.

—Mi nieto me dijo ayer que nos han engañado —soltó el anciano con evidente indignación—. ¡Dice que nos han robado nuestros ahorros!

—Miren, me parece que no les han informado bien. Nosotros no hemos robado nada. Vuelvan ustedes dentro de un rato y podremos explic...

—¡Ladrones! ¡Son nuestros ahorros de toda la vida! ¡Devuélvannos nuestro dinero! —La anciana trataba de refrenar a su esposo, sujetándolo por el brazo y murmurando unas palabras que no alcancé a oír.

Mi exjefe volvió a dirigir su atención a la cerradura, mientras meneaba la cabeza con la actitud de quien está haciendo un esfuerzo de paciencia infinita. Tras un tintineo de llaves y un chasquido metálico, abrió, entró y volvió a cerrar justo cuando la pareja de ancianos había conseguido alcanzarlo.

Cerré la puerta del auto con el pulso acelerado y la camisa empapada en sudor. Observé cómo la anciana trataba de alejar a su esposo furibundo del lugar, mientras le aseguraba que todo se arreglaría.

Pero no se iba a arreglar.

Yo lo sabía muy bien. Conocía los productos que ofrecíamos a nuestros clientes y algunos eran poco menos que estafas encubiertas. Aquella pareja no recuperaría su dinero. Quizá, con suerte, dentro de diez años... Si todavía seguían vivos.

“Toda mi vida es una mentira”.

Aquel pensamiento insistente y doloroso no dejaba de martillarme la cabeza. Traté de centrarme en otra cosa, de tranquilizarme y serenar mi respiración. Regresaría al día siguiente y entonces sí, tomaría a ese ladrón, a ese...

Pero entonces lo supe.

No fue un pensamiento, sino una sensación fugaz y cargada de certeza. Supe que no era capaz de hacer algo así. En cierto modo, lo que pretendía hacer era como agredirme a mí mismo.

Cuando por fin lo comprendí, solo enterré el rostro entre mis manos y rompí a llorar.

•••

Un sonido doloroso e insistente me obligó a abrir parcialmente un ojo. La luz del atardecer y el sonido del tráfico me recordaron que, inexplicablemente, la vida continuaba ahí fuera.

También recordé que no estaba en el amplio salón de mi lujoso dúplex, sino en el de un modesto piso de estudiantes donde alquilaba un dormitorio que a duras penas podía costearme.

Pensar en todo aquello no me interesaba especialmente, así que volví a sumergirme lentamente en la dulce penumbra... Cuando aquel zumbido volvió a atravesarme el cráneo e hizo que me levantara del sofá como un resorte. Aquel movimiento tan brusco fue un grave error. Un dolor lacerante explotó en el interior de mi cabeza en el acto y me recordó que el sufrimiento también seguía ahí.

Busqué entre el caos de botellas y vasos de la mesita, y suspiré con cierto alivio: todavía quedaba una dosis de remedio infalible para la resaca.

Tras un buen trago, miré hacia la entrada. El ruido procedía del interfono del piso. Alguien había llamado desde la calle, pero parecía que se había cansado de insistir.

Miré hacia la puerta que daba al dormitorio de mi

compañero de piso y recordé que esos días estaba en la casa de sus padres. Mejor. El chico era bastante ordenado y no le haría gracia comprobar el estado en el que se encontraba el salón.

Un nuevo sonido invadió la sala. Esta vez se trataba del timbre de la puerta de entrada. Fuera quien fuera, había conseguido entrar en el edificio y parecía insistir en torturarme. Me levanté pesadamente del sofá entre maldiciones y descubrí que no llevaba pantalones. Me quedé inmóvil unos instantes, tratando de decidir si debía abrir la puerta con ese aspecto, buscar unos pantalones o enterrar de nuevo la cabeza entre los cojines del sofá y esperar a que acabara aquel infierno.

El timbre volvió a sonar. Dos veces.

—¡Será posible! —Crucé el salón con furia hasta la puerta de entrada.

—¡¿Quién es?!

—¿Señor Sanz? Traigo algo para usted.

Dudé unos instantes mientras trataba de recordar si esperaba alguna entrega y consideré la posibilidad de haber comprado algo por internet en plena borra-chera.

—¿Señor? —insistió alguien desde el otro lado.

—¡Por Dios! Sea lo que sea, ¡déjelo en la puerta!

—Lo siento, Nicolas. Tengo que entregártelo personalmente...

Supe detectar la determinación en aquella voz. Fuera quien fuera no se marcharía fácilmente. Suspiré y eché un vistazo por la mirilla. Un tipo bajito, con unas gruesas gafas de pasta me sonreía desde el otro lado.

—Abre, Nicolas. Solo será un minuto.

La extraña familiaridad con la que me tuteaba aquel extraño con cara de *nerd* me irritó aún más. Quite el pestillo de seguridad y abrí la puerta de un manotazo. El desconocido me observó detenidamente de arriba abajo, pero no parecía especialmente sorprendido por el hecho de que yo estuviera en interiores.

De hecho, se le veía extrañamente... feliz.

Lo miré fijamente mientras mi cerebro deshidratado buscaba las palabras adecuadas. Pero entonces, el tipo se llevó una mano al bolsillo interior de su abrigo, extrajo una pequeña tarjeta de visita y me la ofreció, ensanchando un poco más la sonrisa.

—Llámalo cuanto antes. Será una de las mejores decisiones de tu vida.

Enmudecido por la sorpresa, lo miré a los ojos.

Parecía sentirse bien y había cierta compasión en aquella mirada.

Aquello ya fue demasiado. Estiré el brazo y cerré la puerta con toda la fuerza que pude.